EL PRIMER HIPIAS.

ARGUMENTO.

La cuestion de la naturaleza de lo bello es una de las que más han ocupado á Platon. La ha estudiado sucesivamente bajo puntos de vista diferentes en tres de sus diálogos, el *Primer Hipias*, el *Fedro* y el *Banquete*. En esta última obra es donde ha puesto en boca de una mujer, la elocuente extranjera de Mantinea, Diotima, palabras de una elevacion y de una grandeza sorprendentes, en las que se resume su verdadero y supremo pensamiento sobre lo bello. ¿Quién no percibe fácilmente el atractivo poderoso de esta idea, expuesta por el más bello genio de la antigüedad griega? El discípulo de Sócrates, el admirador de Fidias, habia nacido para meditar sobre la belleza, para desprender la idea de todo elemento engañador ó impuro, y para presentarla, en fin, en su principio mismo, con una claridad, una fuerza, una profundidad que no han sido superadas por nadie.

En el *Hipias*, Platon se ha propuesto refutar una á una las falsas teorías sobre la naturaleza de lo bello, sostenidas ántes de él por los poetas ó los filósofos, y en su tiempo por los sofistas. En un preámbulo, en el que se ve compensada alguna difusion con la fuerza del talento, Sócrates se entrega á la maligna satisfaccion de desenmascarar, en la persona de Hipias de Elea, su interlocutor, el verdadero móvil de los sofistas, que no era la indagacion desinteresada de lo verdadero, ni el placer de filosofar, sino el amor al dinero. Para estos magníficos codiciosos parlantes el pueblo más sabio era el que más

pagaba; y la confesion de sus empresas afortunadas y de sus percances, en este punto, es á la vez materia de instruccion y de diversion. Desde luego esta sofistería venal se descubre y se desacredita ella misma, y arrastra en su ruina todas las teorías estrechas, erróneas y contradictorias que está encargada de sostener, y que va á proponer sucesivamente al buen sentido y á la perspicaz razon de Sócrates. Es una serie de refutaciones. El *Hipias*, en este sentido, es un diálogo todo negativo, que prepara y reclama á su vez las teorías de *Fedro* y del *Banquete*.

La cuestion tiene su orígen en la vanidad del sofista, que, haciendo confianza de Sócrates, le cuenta el triunfo que recientemente ha obtenido en Lacedemonia por un discurso sobre las bellas ocupaciones, convenientes á los jóvenes. Pero, pregunta Sócrates, ¿qué es una ocupacion bella? ¿Qué es lo que hace que una cosa sea bella? ¿Qué es, en fin, lo bello? No conociéndolo, ¿podrá decirse dónde se encuentra y dónde no se encuentra? A estas preguntas inevitables, Hipias, muy sorprendido, respondió por lo pronto con rodeos. Confundiendo las cosas bellas con lo bello mismo, propone sin intermision tres soluciones igualmente estrechas y ligeras. —Lo bello es una mujer bella. —¿Por qué una bella mujer y no una bella yegua, una bella lira, una bella marmita? —Lo bello es el oro.— No, ni más ni ménos que el marfil, las piedras preciosas, ó cualquiera otra sustancia puesta en obra por el arte (1). —Lo bello es la riqueza, la salud, la consideracion, la ancianidad, una muerte honrosa acompañada de magníficos funerales.—De ninguna manera; porque cada una de es-

(1) El marfil y el oro fueron muchas veces puestos en obra por los antiguos, ya como materia primera, ya como adorno de sus producciones artísticas, en la estatuaria sobre todo. Fidias los empleó ámbos: su Júpiter Olímpico y su Minerva del Partenon, estátuas colosales, eran de marfil y de oro. Pero su belleza no estaba en esto, como Hipias se lo figura.

tas cosas, tan pronto es bella, tan pronto fea, segun los hombres, los tiempos, los países, las ideas, el uso que de ellas se hace, y, por consiguiente, no es bella en sí. Y si se toman todas juntas, tampoco presentan una idea suficiente de lo bello, puesto que no siendo aplicables más que á los hombres, y jamás al arte, á la naturaleza, á los dioses, estrechan lo bello, universal por su naturaleza, á un solo género de séres y al menor de todos.—Hé aquí, en suma, tres teorías insostenibles bajo el mismo concepto, y aunque con diferentes términos, siempre aparece la misma confusion de las dos ideas: la idea del objeto bello, la idea de lo bello en sí.

Mejor instruido por la discusion, Hipias pone más alto sus miras y presenta definiciones, que si no son más verdaderas, son por lo ménos más generales, y que valen la pena de ser refutadas con más extension. La primera es la siguiente: lo bello es la conveniencia.—No, responde Sócrates, porque por conveniencia se entiende el acuerdo que resulta de la reunion de partes que se convienen; el concierto que se produce por una asociacion acertada de elementos diversos; en una palabra, la armonía. Y de estas dos cosas, una: ó bien las partes que componen un conjunto armonioso son bellas, cada una en sí misma, y entónces no es la conveniencia la que las hace bellas; ó bien estas partes no son bellas en sí mismas, y en este caso la belleza, que la union les presta, es sólo aparente y no real. De aquí se sigue rigurosamente, que la conveniencia es aquello que hace parecer las cosas bellas, pero no aquello que las hace bellas. La conveniencia es una ilusion, es la ficcion de una falsa belleza.

Hé aquí la segunda definicion: lo bello es lo útil.—Lo útil, pregunta Sócrates, ¿no es lo que sirve para un fin? Sin duda. Es preciso, por lo tanto, para tener derecho á asimilar la utilidad á la belleza, que una cosa sea bella sólo porque conduce á un fin y es un medio de accion.

Nada más falso. Tomemos, por ejemplo, el más eficaz de todos los medios de accion, el poder, que es lo más útil que hay en el mundo, conforme á la definicion misma de lo útil. ¿Y el poder es una cosa bella? Sí, cuando sirve para hacer el bien; nó, si produce el mal. La belleza del poder no está en el hecho de llegar á los fines, es decir, á su utilidad, sino en la bondad de sus fines. Por lo tanto, lo bello no es lo útil. —Hipias conviene en ello, pero al mismo tiempo deduce muy oportunamente, que lo bello es lo que conduce á un buen fin, lo que es ventajoso en sí, ó, dicho de otra manera, lo que es bien, definicion que parece aproximarse singularmente á las miras de Sócrates. Este, sin embargo, la rechaza con energía, por más que más bien es la suya que la de Hipias, y parezca á primer golpe de vista conformarse á la vez con sus ideas y con la razon; la rechaza, porque en la forma y en el sentido en que ha venido á producirse por la discusion, tiene las apariencias de ser verdadera, pero en el fondo no lo es. Propone estas dos objeciones: si lo bello es lo ventajoso, y lo ventajoso el bien, se sigue que lo bello es lo que produce el bien, que lo bello es la causa y el bien el efecto. Es así que la causa no es más que el efecto, que el efecto no es la causa; luego lo bello no es el bien. Hé aquí la definicion refutada en sus términos. Además, y esto es más grave, ¿es sostenible en el fondo que el bien no es más que un efecto de lo bello, y de tal manera dependiente de lo bello, que sólo existe por él y despues de él? Esta es la verdadera extension de la definicion, y Sócrates, rehusando asentir á ella, no hace más que mantener el principio fundamental de que el bien es absoluto en sí, y no se deja subordinar, ni por lo bello, ni por ningun otro principio.

Hipias propone por fin una última definicion: lo bello es el placer que proporcionan los sentidos de la vista y del oido. Por este motivo, por ejemplo, las tapicerías, las

pinturas, las estátuas, las obras moldeadas, la música, los discursos, nos parecen cosas bellas. Sócrates le hace comprender desde luego que en su definicion no puede entrar una clase de belleza, que no es ménos real, que es la belleza moral, la de las instituciones y las leyes, por ejemplo. Por otra parte, la vista y el oido no son los únicos sentidos que nos causan placer. Para ser justo deberia decirse que lo bello está en toda sensacion de placer, en una palabra, en lo agradable. Lo que esto supone es, que entre el número de las sensaciones agradables que proceden de los sentidos, además de las de la vista y el oido, las hay que son groseras, las hay que son vergonzosas, incapaces las unas é indignas las otras de recibir el nombre de bellas; lo que prueba de paso, que lo agradable no es lo bello. Pero lo agradable no es otra cosa que el placer, y si la vista y el oido constituyen lo bello por sí solos, no puede verificarse por el placer que es comun á ambos, y comun igualmente á los demás sentidos. Entónces, ¿á qué título las sensaciones de la vista y del oido producen lo bello? A título, se dirá, de que el placer que procuran es el más ventajoso, el mejor de los placeres, el placer sin mezcla de pena. Pero esto es volver á la confusion refutada ya más arriba de lo ventajoso y de lo bello, de lo bello causa eficiente del bien; y de este modo la discusion gira en un círculo vicioso. Hipias lo conoce bien, y como se siente resentido, exclama que lo bello es hacer un discurso persuasivo y útil, y no ocuparse de miserias. Pero Sócrates le confunde, con sólo limitarse á repetir la primera pregunta que hizo al principio: ¿puede saberse si un discurso es bello cuando no se sabe qué es lo bello?

EL PRIMER HIPIAS

ó

DE LO BELLO.

SÓCRATES.—HIPIAS.

SÓCRATES.

¡Oh sabio y excelente Hipias! ¿cuánto há ya que no vienes á Atenas?

HIPIAS.

En verdad, Sócrates, no he podido. Apenas hay en Elide un negocio que se roce con otra ciudad, que al momento me prefieren á los demás para embajador, creyéndome el más competente y el mejor negociador de sus intereses para con los demás Estados. En este concepto me han enviado á muchas ciudades para los negocios más graves, y las más veces á Lacedemonia. Hé aquí, por qué, puesto que me lo preguntas, vengo aquí pocas veces.

SÓCRATES.

Hipias, eso es lo que se llama ser un sabio y un hombre entendido. Además del mucho dinero que has sacado con las lecciones particulares que los jóvenes han recibido de tí, y de las notables ventajas que éstos han obtenido, tú has hecho un servicio público á tu patria, como conviene á un hombre digno de la consideracion y estimacion pública. Pero puedes decirme, Hipias, ¿por qué todos esos antiguos filósofos, cuya sabiduría se alaba tanto,

Pitaco, Bias, Tales de Mileto y otros más modernos hasta el tiempo de Anaxágoras, todos ó casi todos se han negado á mezclarse en los negocios públicos?

HIPIAS.

Será únicamente, Sócrates, porque la debilidad de su juicio fuera incapaz de abrazar á la vez los negocios de los particulares y los del Estado.

SÓCRATES.

¡Por Júpiter! Hipias, ¿crees tú que si las artes se han perfeccionado con el tiempo, y si nuestros artistas exceden en mucho á los de los siglos pasados, vuestro arte, hablo del arte de los sofistas, se haya hecho más perfecto, de suerte que, si se os compara con esos antiguos, que hacian profesion de sabiduría, resultaria que eran unos ignorantes cotejados con vosotros?

HIPIAS.

Así es la verdad.

SÓCRATES.

De manera, que si Bias volviese al mundo, seria un hombre ridículo á vuestros ojos, como Dédalo, que al decir de nuestros escultores, si diese ahora á luz las obras que en otro tiempo le granjearon tanta reputacion, hasta seria objeto de befa.

HIPIAS.

Lo que dices, Sócrates, es la verdad; sin embargo, yo no dejo de preferir los antiguos á los modernos, y hacer de ellos las mayores alabanzas, para evitar los celos de los vivos y la indignacion de los muertos.

SÓCRATES.

Eso está muy bien pensado y razonado, Hipias, y soy de tu opinion; porque es cierto, que vuestra ciencia se ha aumentado mucho, puesto que abraza al presente la direccion de los negocios particulares y la de los negocios públicos. Cuando Gorgias, el sofista, vino á Atenas en calidad de embajador de los leontinos, se le tuvo en efecto

como el más hábil político que habia entre ellos. Además de sus arengas, que le honraron mucho para con el público, ¿no dió en particular lecciones á los jóvenes, que le valieron sumas considerables? Nuestro amigo Prodico igualmente, despues de haber desempeñado muchas embajadas públicas, últimamente vino á Atenas enviado por los habitantes de Ceos, arengó al Senado con aplauso general, y además es increible lo que le valieron las lecciones particulares que daba á nuestra juventud. Por lo que toca á los antiguos sabios, jamás ninguno de ellos quiso poner su ciencia á precio, ni hacer valer públicamente los conocimientos que habia adquirido; tan inocentes eran y tan ignorantes del mérito del dinero. Pero esos dos grandes sofistas de que he hablado, se han hecho más ricos en su profesion, que ninguno de los artistas en la suya, y Protágoras ántes que ellos habia hecho lo mismo.

HIPIAS.

Verdaderamente, Sócrates, tú no estás al cabo de lo que pasa; si te dijera yo lo que he ganado, te sorprenderias. Sólo en Sicilia, donde Protágoras se habia establecido con un gran crédito, reuní yo en ménos de nada ciento cincuenta minas, y eso que yo era más jóven, y él gozaba de una gran nombradía. Sólo en la aldea llamada Inico, saqué más de veinte minas. A mi vuelta entregué todo este dinero á mi padre, y lo mismo él que todos nuestros conciudadanos admiraron mi industria; y ciertamente creo haber ganado yo solo más que otros dos sofistas juntos, sean los que sean.

SÓCRATES.

Vaya una cosa magnífica, Hipias, y en eso veo la prueba más positiva de tu superioridad y la superioridad de los demás sofistas de nuestro tiempo sobre los antiguos. Me haces comprender perfectamente la ignorancia de esos sabios de otro tiempo. Anaxágoras, al revés de vosotros, se gobernó tan mal por meterse á filosofar, que

habiendo heredado un pingüe patrimonio, lo perdió por su abandono. Otro tanto se ha dicho de todos los demás; y así no podias aducir mejor prueba para demostrar que los sabios modernos valen mucho más que los antiguos. El pueblo tambien es del mismo dictámen, porque comunmente se dice que el sabio debe ser en primer lugar sabio para sí mismo, y precisamente el objeto de esa filosofía es enriquecerse. Pero dejemos esto, y te suplico me digas en qué ciudad ganaste más, porque tú has corrido mucho. ¿No ha sido Lacedemonia el punto á donde has ido más veces?

HIPIAS.

No, ¡por Júpiter! Sócrates.

SÓCRATES.

¡Qué! ¿ganaste allí poco?

HIPIAS.

Nada, absolutamente nada.

SÓCRATES.

Verdaderamente lo que me dices me sorprende mucho; pero díme, Hipias, tu sabiduría no hace más virtuosos á los que conversan y aprenden contigo?

HIPIAS.

Sí, en verdad.

SÓCRATES.

¿Y eras tú ménos capaz de inspirar la virtud á los jóvenes lacedemonios que á los de la aldea de Inico?

HIPIAS.

De ninguna manera.

SÓCRATES.

Quizá los jóvenes en Sicilia tienen más cariño á la virtud que los de Lacedemonia?

HIPIAS.

Todo lo contrario, Sócrates; los jóvenes de Lacedemonia son apasionados por la virtud.

SÓCRATES.

Será quizá la falta de dinero la que les haya privado de recibir tus lecciones?

HIPIAS.

No, porque son bastante ricos.

SÓCRATES.

Puesto que aman la sabiduría, tienen dinero, y tú puedes serles útil ¿de dónde procede que no has venido lleno de dinero de Lacedemonia? Quieres que digamos que los lacedemonios instruyen mejor á sus hijos que podrias tú hacerlo? ¿es este tu dictámen?

HIPIAS.

Nada de eso.

SÓCRATES.

Consistirá en que no has podido persuadir á los jóvenes lacedemonios, de que tu enseñanza les aprovecharia más que la de sus padres? O bien no pudiste convencer á sus padres de que les era mejor encomendar sus hijos á tu cuidado y no al suyo, para recibir mayor instruccion? Por que no es creible que por pura rivalidad se hayan opuesto á que sus hijos se hagan virtuosos.

HIPIAS.

No, yo no lo creo.

SÓCRATES.

¿Lacedemonia no está gobernada por buenas leyes?

HIPIAS.

Seguramente.

SÓCRATES.

Pero en las ciudades bien gobernadas la virtud tiene grande estimacion.

HIPIAS.

Es cierto.

SÓCRATES.

Por otra parte, tú eres el hombre más capaz del mundo para enseñar la virtud.

HIPIAS.

Sin duda, Sócrates.

SÓCRATES.

¿No seria principalmente en Thesalia ó en cualquiera otro país, en que se tenga aficion á enjaezar caballos, donde seria perfectamente recibido un buen picador, prometiéndose grandes utilidades, mejor que en ningun otro punto de Grecia?

HIPIAS.

Así debe suceder.

SÓCRATES.

Y un hombre capaz de formar para la virtud el corazon de los jóvenes, no deberá ganar dinero y reputacion en Lacedemonia y en todas las demás ciudades de la Grecia provistas de buenas leyes? ¿Deberemos creer que esto suceda más bien entre los habitantes de Inico y de la Sicilia, que entre los lacedemonios? Sin embargo, si así lo quieres, Hipias, te creeremos.

HIPIAS.

No hay nada de eso, Sócrates; sino que los lacedemonios no tienen costumbre de alterar sus leyes, ni sufren que se dé á sus hijos una educacion extranjera.

SÓCRATES.

¿Qué es lo que dices? ¿Existe en Lacedemonia la costumbre de obrar mal y no bien?

HIPIAS.

Yo no digo eso, Sócrates.

SÓCRATES.

¿No obrarian bien, dando á sus hijos una educacion superior en lugar de una mediana?

HIPIAS.

Ciertamente, pero sus leyes rechazan toda educacion extranjera. Si no hubiera sido esto, ningun preceptor hubiera ganado tanto como yo en instruir aquellos jóvenes, porque es increible el placer con que me escuchaban y las

alabanzas que hacian de mí; pero, como ya te he dicho, la ley se lo impedia.

SÓCRATES.

¿Crees tú que la ley es la salud ó que es la ruina de una ciudad?

HIPIAS.

Creo que la ley sólo tiende al bien público, pero contraría á este bien público, cuando no está bien hecha.

SÓCRATES.

Pero cuando los legisladores hacen una ley, ¿no creen que hacen un bien al Estado? Porque sin leyes un Estado no puede ser bien gobernado.

HIPIAS.

Sin dificultad.

SÓCRATES.

Por consiguiente, siempre que un legislador se aleja del bien público, se aleja de la ley y de lo que es legítimo. ¿No eres tú de esta opinion?

HIPIAS.

Si se toma en rigor, Sócrates, es como tú dices, pero el comun de las gentes no lo entiende así.

SÓCRATES.

¿Qué es ese comun de las gentes? ¿son los hombres hábiles ó los ignorantes?

HIPIAS.

El comun de las gentes.

SÓCRATES.

¿Llamas comun de las gentes á los que conocen la verdad?

HIPIAS.

No, ciertamente.

SÓCRATES.

Los que conocen la verdad, creen que lo que es útil á los hombres es más legítimo que lo que les es inútil. ¿Convienes en esto?

HIPIAS.

Convengo, porque es cierto.

SÓCRATES.

Y las cosas, no son como los hombres ilustrados las entienden?

HIPIAS.

Sí.

SÓCRATES.

Los lacedemonios, segun tú, obrarian mejor, consultando su propio interés, en preferir tu enseñanza, aunque sea extranjera, á la educacion de su país?

HIPIAS.

Lo digo, porque es la verdad.

SÓCRATES.

Tambien dices, que cuanto más útiles son las cosas, son más legítimas?

HIPIAS.

Sí, lo he dicho.

SÓCRATES.

Por consiguiente, segun tu opinion, es más legítimo confiar la educacion de los jóvenes lacedemonios á Hipias, que confiarla á sus padres, puesto que resultaria mayor utilidad para sus hijos.

HIPIAS.

Es cierto, Sócrates.

SÓCRATES.

Los lacedemonios contravienen por consiguiente á la ley, cuando rehusan darte dinero por la instruccion de sus hijos.

HIPIAS.

Estoy conforme, y no tengo materia para contradecirte, porque parece más bien que hablas por mí.

SÓCRATES.

Hemos, pues, descubierto, Hipias, que los lacedemonios están en oposicion con las leyes y sobre objetos de

la mayor importancia, á pesar de ser hombres sumamente afectos á sus leyes. Pero, Hipias, ¿en qué ocasion los lacedemonios te alaban y tienen tanto placer en escucharte? ¿es quizá cuando les hablas de los astros y de las revoluciones celestes, ciencia de que tienes un perfecto conocimiento?

HIPIAS.

No, eso no les agrada.

SÓCRATES.

¿Gustan quizá de que les hables de geometría?

HIPIAS.

Ménos; la mayor parte de ellos, por decirlo así, no saben contar.

SÓCRATES.

¿No indican tener gusto en oirte discurrir sobre la aritmética?

HIPIAS.

No, ¡por Júpiter!

SÓCRATES.

¿Les hablas del valor de las letras y de las sílabas (1), del número y de la armonía, materia en que eres tú el primer hombre del universo?

HIPIAS.

¿Qué quieres decir, Sócrates, con tu número y tu armonía?

SÓCRATES.

Puesto que yo no puedo dar con la causa porque los lacedemonios te alababan y te oian con tanto gusto, dímela tú.

HIPIAS.

Me oyen con gusto, cuando les recito la genealogía de los héroes y de los hombres grandes; el orígen y la fundacion de las ciudades; en fin, la historia antigua, por-

(1) Véase el *Segundo Hipias*.

que es lo que escuchan con la mayor atencion. Así es que, por complacerles, me he aplicado con esmero á estudiar todas estas antigüedades.

SÓCRATES.

Es una fortuna para tí, Hipias, que los lacedemonios no te exigieran la historia seguida de todos nuestros Arcontes desde Solon, porque sólo para retener tantos nombres, te hubiera costado mucho trabajo.

HIPIAS.

No tanto como tú crees, Sócrates. ¿No sabes que repito cincuenta nombres seguidos con oirlos una sola vez?

SÓCRATES.

¿Es cierto? no me habia apercibido de que conocias el arte de la mnemotecnia; confieso ahora que los lacedemonios han tenido razon en oirte con gusto, á tí que sabes tantas cosas; y parece que se pegan á tí, como los niños á las viejas, para que les refieran cuentos.

HIPIAS.

¡Por Júpiter! Sócrates. Acabo de hacerme admirar por un discurso sobre las bellas ocupaciones que convienen á los jóvenes. Este discurso, que compuse con el mayor esmero, resalta, sobre todo, por la elegancia del estilo. Hé aquí el principio y el pensamiento: despues de la toma de Troya, Pirro pregunta á Nestor, á qué debe aplicarse un jóven para llegar á tener una gran reputacion. Nestor le responde y le da numerosos y bellos preceptos. Leí este discurso en Lacedemonia; y á peticion de Eudicos el hijo de Apemante, le recitaré aquí por espacio de tres dias, en la escuela de Fidostrate, con algunos otros tratados dignos de la curiosidad de las personas ilustradas. Desearé que concurras tú y lleves á aquellos de tus amigos que sean capaces de juzgar.

SÓCRATES.

Así lo haremos, si Dios quiere, pero te suplico, que en en este momento me dés algunas explicaciones sobre lo

que tratamos. Me haces recordar muy á tiempo que el otro dia, escuchando un discurso, como criticara yo ciertas partes que encontraba feas y alabara otras que encontraba bellas, un hombre me preguntó muy bruscamente: ¿quién te enseñó, Sócrates, lo que es bello y lo que es feo? ¿Podrás decirme qué es lo bello? Yo quedé cortado con esta pregunta, y mi estupidez no me permitió responderle en el acto. Despues que me retiré, me sentí incomodado conmigo mismo; me eché en cara mi tontería, é hice propósito firme de aprovechar la primera ocasion en que me encontrara con alguno de vosotros, sabios como sois, para que me instruyerais á fondo, y bien preparado sobre esta materia ir en busca de mi hombre y presentarle la batalla como de nuevo. Por consiguiente, este encuentro contigo es para mí un acontecimiento afortunado. Enséñame, pues, te lo suplico, qué es lo bello; pero explícamelo con tal claridad, que el tal hombre no se burle de mí segunda vez; porque tú sabes todo esto perfectamente, y lo que ahora se trata es sin duda el ménos importante de tus conocimientos.

HIPIAS.

Es cierto, Sócrates, y esto no merece la pena que se hable de ello.

SÓCRATES.

Tanto mejor, porque así aprenderé yo más fácilmente, y nadie vendrá en lo sucesivo á darme la ley y confundirme.

HIPIAS.

Nadie; porque entónces dejaria yo de ser un hombre muy hábil, y pasaria por un necio.

SÓCRATES.

¡Por Juno! dices bien, Hipias, si podemos convencer á ese hombre. Pero me permitirás, que suponiéndome yo en su lugar, te importune con las objeciones que podria hacer á su manera, para que así se imprima tu doctrina

más profundamente en mi espíritu? Porque en materia de objeciones yo soy fuerte, y, si no te disgusta, te haré la guerra para instruirme mejor de lo que quiero saber.

HIPIAS.

Obra como te parezca. Esta cuestion, como te he dicho, no es de grande importancia, y te enseñaré á responder sobre cosas más difíciles, hasta el punto de que nadie pueda refutarte.

SÓCRATES.

¡Cuán bien hablas, Hipias! entremos en materia, puesto que así lo quieres, y haciendo yo el papel de ese hombre, te interrogaré.

Si le recitases tu discurso sobre cosas bellas, apénas concluyeras de hablar, te interrogaria en el acto sobre lo bello, porque conozco su manera de preguntar y te diria: extranjero de Elis, dime, te lo suplico, ¿los que son justos no lo son mediante la justicia? Ten la bondad de responderme, Hipias, como si fuera él el que preguntara.

HIPIAS.

Sí, son justos mediante la justicia.

SÓCRATES.

¿La justicia es alguna cosa en sí misma?

HIPIAS.

Seguramente.

SÓCRATES.

En igual forma ¿los sabios no son sabios mediante la sabiduría, y lo que es bueno no lo es mediante el bien?

HIPIAS.

¿Quién lo duda?

SÓCRATES.

La sabiduría y el bien ¿son cosas reales? Tú no lo negarás sin duda?

HIPIAS.

Sí, son reales.

SÓCRATES.

Todo lo que es bello, ¿no lo es igualmente mediante lo bello?

HIPIAS.

Mediante lo bello, sí.

SÓCRATES.

Lo bello, por consiguiente, ¿es alguna cosa en sí?

HIPIAS.

Seguramente.

SÓCRATES.

Extranjero, proseguirá nuestro hombre, dime ahora, ¿qué es lo bello?

HIPIAS.

Su curiosidad no queda satisfecha con saber lo que es bello?

SÓCRATES.

A mi parecer no, Hipias. Él exige y quiere saber qué es lo bello.

HIPIAS.

¿Qué diferencia encuentras entre una y otra cuestion?

SÓCRATES.

No hay ninguna á tus ojos?

HIPIAS.

Ninguna, seguramente.

SÓCRATES.

Es preciso que no la haya, porque eso lo sabes tú mejor que yo. Sin embargo, considera la cosa atentamente. Nuestro hombre no te pregunta por lo que es bello ó por las cosas bellas, sino qué es lo bello.

HIPIAS.

Ya te entiendo, y voy á satisfacer tan cumplidamente á su pregunta, que no tendrá ya más que preguntar. En una palabra, Sócrates, puesto que es preciso decirte la verdad, lo bello es una jóven hermosa.

SÓCRATES.

Por el cielo! Hipias; tu respuesta es maravillosa, es in-

comparable! si yo fuese con esta definicion á mi hombre, ¿crees que le satisfaria cumplidamente, y que no tendria nada que responder?

HIPIAS.

Ah! qué podia decirte, cuando tú nada le habias dicho que no estuviera apoyado en el sentido comun y en la aprobacion de todos los que estuvieran presentes?

SÓCRATES.

En buen hora, pero deja, Hipias, que me repita á mí mismo lo que acabas de decir. Este hombre me interrogará poco más ó menos en estos términos: Respóndeme, Sócrates, las cosas que tú dices ser bellas, si lo bello es alguna cosa, serán bellas por lo bello mismo? Y á mi vez sostendré yo, que si una hermosa jóven es lo bello, es por esto por lo que todas las cosas bellas son bellas.

HIPIAS.

Piensas que se atreva á llevar la cuestion más adelante, como si lo que tú has dicho que es bello no lo fuese? Si lo hiciera, no se pondria en ridículo?

SÓCRATES.

De seguro se atreverá, y si tal atrevimiento le pondrá en ridículo, eso es lo que yo no sé; ya se verá el resultado; sin embargo, hé aquí lo que me objetará y voy á decírtelo.

HIPIAS.

Dílo, pues.

SÓCRATES.

¡Cuán complaciente eres! Sócrates, me diria. ¿Una hermosa yegua no es tambien una cosa bella? El oráculo mismo de Apolo la reconoce esta cualidad. Qué responderemos nosotros á esto, Hipias? Será preciso confesar que una hermosa jaca es una cosa bella; ni cómo podriamos sostener que lo que es bello no es bello?

HIPIAS.

Es la verdad, Sócrates, y el Dios ha hablado muy

bien porque hay entre nosotros jacas muy preciosas.

SÓCRATES.

Proseguirá él: no diremos, que una hermosa lira es alguna cosa bella? Habrá que convenir en ello, Hipias.

HIPIAS.

Sin duda.

SÓCRATES.

No parará aquí, porque conozco su manera ordinaria de atacar. Respóndeme, dirá: ¿una hermosa marmita no es una cosa bella?

HIPIAS.

Ah! Sócrates, no es posible que un hombre sea tan grosero, que emplee términos tan rebajados en una materia elevada como esta.

SÓCRATES.

Así es, Hipias, pero no hay que esperar de este hombre cultura; es un grosero que no se cura más que de buscar la verdad. Sin embargo, es preciso responder y yo el primero diré lo que siento. Si una marmita fuese hecha por un ollero entendido, y estuviese bien redondeada, bien lisa y bien cocida, como algunas que se ven con dos asas muy elegantes y seis platos, y el hombre habla de una pieza como ésta, será preciso convenir en que es bella; porque como se ha de sostener que lo que es bello no es bello?

HIPIAS.

No puede ser otra cosa, Sócrates.

SÓCRATES.

En seguida me dirá: una marmita bella es una bella cosa? respóndeme.

HIPIAS.

Yo creo que sí; un vaso bien trabajado es bello á la verdad, pero si le comparas con una jaca, con una jóven hermosa ó con otras cosas bellas, no merece ser llamado bello.

SÓCRATES.

Bien comprendo ahora, Hipias, lo que es preciso objetar á nuestro hombre. Yo le diré: ignoras, amigo mio, la palabra de Heráclito, de que el más bello de los monos es feo, cuando se le compara con la especie humana? Yo te respondo en igual forma, siguiendo el dictámen del sabio Hipias, que la más bella marmita es fea comparada con una jóven hermosa. No es esto lo que yo debia responderle, Hipias?

HIPIAS.

Muy bien, Sócrates.

SÓCRATES.

Aún un poco de paciencia, te lo suplico, porque añadirá él: ¡pero qué! si se comparan las jóvenes con las diosas, no se dirá de ellas lo que se decia de la marmita comparada con una mujer hermosa? La más bella de todas las jóvenes no seria fea respecto á una diosa? Este mismo Heráclito, que acabas de citar, no dice tambien que el más sabio, el más bello, el más perfecto de los hombres, no es más que un mono cotejado con Dios? Es por consiguiente indispensable, Hipias, convenir en que la más hermosa doncella es fea con respecto á una diosa?

HIPIAS.

Pero puede dudarse de ello, Sócrates?

SÓCRATES.

Si le concedemos esto, se echará á reir, y me dirá: te acuerdas, Sócrates, de lo que te pregunté? Me acuerdo muy bien, le diria; tú me preguntaste qué es lo bello. Así es, me contestará, y en lugar de satisfacer á mi pregunta, me das por bello lo que segun tú mismo tan pronto es bello, tan pronto feo. Le confesaré, que lo que dice tiene trazas de ser verdadero; ó qué es lo que me aconsejas que le responda, amigo mio?

HIPIAS.

Es preciso confesarle, que la belleza humana no es nada

en comparacion con la belleza divina; todo esto es cierto.

SÓCRATES.

Pero, me dirá, si desde el principio te hubiese yo preguntado qué es á la par lo bello y lo feo, y me hubieras respondido como lo haces ahora, no me habrias contestado perfectamente? Te parece aún que lo bello en sí mismo, que adorna y hace bellas todas las demás cosas desde el momento que en ellas se muestra, haya de ser una doncella, una yegua, una lira?

HIPIAS.

Si te hace esa pregunta, es fácil definirle lo bello que forma la belleza y el adorno de todas las cosas bellas; pero seguramente ese hombre es un imbécil, que no entiende una palabra de belleza. Respóndele, que lo bello que busca no es otra cosa que el oro, y con eso le tapas la boca; porque no hay duda de que el oro, aplicado á una cosa, de fea que era ántes la hace bella.

SÓCRATES.

No conoces á este hombre, Hipias, ni conoces su terquedad; no deja pasar nada sin fijarse bien en ello.

HIPIAS.

No importa, Sócrates. ¿Puede ménos de rendirse á la verdad? Si la combate indebidamente, habrá que tratarle como un hombre impertinente.

SÓCRATES.

Estoy seguro, amigo mio, de que léjos de contentarse con esta respuesta, me dirá burlándose: imbécil, crees que Fidias fuese un artista ignorante? De ninguna manera, le responderia.

HIPIAS.

Muy bien.

SÓCRATES.

Muy bien. Pero cuando le haya dicho yo que tengo á Fidias por un escultor hábil, proseguirá diciendo: piensas que Fidias no haya sabido lo que es bello? ¿Para

qué me preguntas eso? le diria yo. Porque no hizo de oro ni los ojos, ni el semblante, ni las manos, ni los piés de su Minerva, sino que los hizo de marfil; sin embargo, segun tú, debió hacerlos de oro para ser enteramente bellos. Esta es una falta que Fidias cometió por ignorancia, por no haber sabido que el oro hace bellos todos los objetos á que se aplica. ¿Qué se dice á esto, Hipias?

HIPIAS.

Nada más fácil de responder; diremos que Fidias ha obrado bien, porque el marfil es tambien una cosa bella.

SÓCRATES.

¿Por qué, continuará él, Fidias no ha hecho de marfil las niñas de los ojos de su Minerva, usando en su lugar la piedra preciosa que se aproximaba más á la blancura del marfil? Y una piedra bella ¿no es tambien una bella cosa? Se lo confesaremos, Hipias?

HIPIAS.

Por qué no, cuando cuadra tan bien la piedra?

SÓCRATES.

Y cuando no cuadra, diremos que es fea, ó no lo diremos?

HIPIAS.

Convengamos en que es fea, si no cuadra.

SÓCRATES.

El marfil y el oro, me dirá en seguida, puesto que tan entendido eres, cuando cuadran bien, no hacen aparecer bellos los objetos en que se colocan, y por el contrario feos cuando cuadran mal?

HIPIAS.

Es preciso confesar que lo que cuadra bien á una cosa la hace bella.

SÓCRATES.

Continuará él: si se pone á la lumbre esa bella marmita, de que hemos hablado, llena de buen condimento, ¿qué cuchara le convendrá mejor, una de higuera ó una de oro?

HIPIAS.

Ah ¡por Hércules! que hombre es ese, Sócrates? Te suplico que me digas su nombre.

SÓCRATES.

Aun cuando te lo dijera, no le conocerias.

HIPIAS.

Cualquiera que él sea, le tengo por un ignorante.

SÓCRATES.

Es cierto, que es hombre que fatiga con sus preguntas, pero, en fin, qué le diremos, Hipias? ¿De las dos cucharas, la de higuera y la de oro, cuál conviene más á la marmita? Creo que la de higuera, porque da buen olor á las verduras, y con ellas no puede romperse la vasija, lo que seria una desgracia, porque toda la sustancia se derramaria, el fuego se apagaria y los convidados quedarian á buenas noches. La cuchara de oro causaria todos estos desastres, y por esta razon me parece, que en tal caso debe preferirse la cuchara de higuera á la de oro, á no ser que seas tú de otro dictámen.

HIPIAS.

No, la cuchara de higuera conviene más, pero no me gustaria en verdad razonar con un hombre que hace semejantes preguntas.

SÓCRATES.

Tendrias razon, porque no seria justo que un sabio que admira toda la Grecia, tan bien vestido y calzado, escuchase tan humilde lenguaje; pero por lo que á mí toca, me es indiferente conversar con este personaje. Te suplico, pues, que me instruyas ántes, y que tengas la bondad de responderme, porque el tal hombre no dejará de perseguirme. Si la cuchara de higuera conviene más que la de oro, es más bella, puesto que has confesado que lo que mejor cuadra á una cosa es más bello que lo que no le cuadra. ¿Habremos, pues, de convenir, Hipias, en que la cuchara de higuera es más bella que la cuchara de oro?

HIPIAS.

¿Quieres, Sócrates, que de una vez para siempre te dé á conocer una definicion de lo bello, que ponga término á estos largos y fastidiosos discursos?

SÓCRATES.

Mucho gusto me darás en ello; pero dime ántes, de las dos cucharas de higuera y de oro, ¿cuál te parece más conveniente y más bella?

HIPIAS.

Pues bien, dí á ese hombre, si quieres, que la de higuera.

SÓCRATES.

Ahora ya puedes decirme esa otra definicion de que acabas de hablarme, porque con respecto á la de si lo bello es la misma cosa que el oro, fácilmente podriamos probar su falsedad, y que el oro no es más bello que la higuera. Ahora ya puedes decirme tu nueva definicion de lo bello.

HIPIAS.

Voy á decírtelo. Me parece que la belleza que buscas ha de ser tal, que jamás pueda parecer fea en ninguna parte, ni á ninguna persona.

SÓCRATES.

Eso es lo que yo quiero, Hipias; has comprendido mi pensamiento.

HIPIAS.

Escucha, pues, y si fuera posible que esta vez me engañara, tendré que confesar mi ignorancia.

SÓCRATES.

Dilo luego, en nombre de los dioses.

HIPIAS.

Digo, pues, que en todo lugar, en todo tiempo, y por todo el mundo es siempre una cosa muy bella el buen comportamiento, ser rico, verse honrado por los griegos, alargar mucho la vida, y en fin, recibir de su posteridad

los últimos honores con la misma piedad y la misma magnificencia con que han sido dispensados á sus padres y á sus mayores.

SÓCRATES.

¡Ah! Hipias, ¡respuesta maravillosa, solucion incomparable, muy digna de tí! ¡Por Juno! admiro la bondad con que te esfuerzas en acudir á mi auxilio. Sin embargo, nuestro hombre se nos deslizará aún, y preveo que se burlará de nosotros más que nunca.

HIPIAS.

Si se burla, se hará un hombre insufrible; reir, cuando no se tiene que replicar, es reirse de sí mismo y exponerse á la risa pública.

SÓCRATES.

Quizá tienes razon, pero tambien quizá esta respuesta ó solucion es tal, que corre peligro de que no se contente con burlarse, si mis previsiones son exactas.

HIPIAS.

¡Cómo! ¿Qué hará?

SÓCRATES.

Si por casualidad tiene un baston en las manos, podria suceder que me diera un varapalo, si con presteza no libraba el cuerpo.

HIPIAS.

¡Cómo! ¿ese hombre es amo tuyo? ¿Y no le llamarias ante un tribunal para que reparara la injuria? ¿Son mudas las leyes en Atenas, y es permitido á los ciudadanos maltratarse los unos á los otros?

SÓCRATES.

No.

HIPIAS.

Entónces ¿seria castigado si te habia pegado sin razon?

SÓCRATES.

Me parece que no seria sin razon, porque á mi entender la tendria, si le daba la solucion que tú propones.

HIPIAS.

La tendria en efecto, si tal es tu dictámen, Sócrates.

SÓCRATES.

¿Quieres que te diga por qué tendria razon para pegarme, si le daba tu solucion? Porque indudablemente tú mismo no querrias pegarme sin escucharme y sin enterarte de mis razones.

HIPIAS.

Rehusar escucharte seria una cosa extraña en mí, Sócrates. Pero cuáles son esas razones?

SÓCRATES.

Voy á explicártelas, pero figurando ser ese hombre, como hice ántes. De esta manera te haré gracia de esos términos duros y mal sonantes de que se sirve cuando á mí me habla. A no dudar, esto es lo que me dirá: ¿crees, Sócrates, que no merece un varapalo el hombre, que en vez de responder á lo que se le pregunta, se pone á cantar un ditirambo que nada tiene que ver con la cuestion?—¿Cómo? le responderé yo.—No te acuerdas, dirá él, que te he preguntado qué es lo bello, eso que hace bellas todas las cosas donde se encuentra, una piedra, madera, un hombre, Dios, una accion, una ciencia cualquiera? Este es lo que yo he buscado, y sin embargo, no has entendido más mi pregunta que si fueras un canto, una piedra de molino, y como si no tuvieses, ni inteligencia, ni oido. ¿Creerias conveniente, Hipias, que al verme confundido con estas palabras, le respondiese: el sabio Hipias me ha dicho, sin embargo, que esto era lo bello, cuando le pregunté como tú, qué es lo bello para todo el mundo y para siempre? ¿Qué dices, á esto, Hipias? ¿Te enfadarias respondiendo yo de esta manera?

HIPIAS.

Yo sé perfectamente que lo que he dicho ser bello es bello en efecto, y que aparecerá así á todos los hombres.

SÓCRATES.

¿Pero lo será así en efecto? replicará nuestro hombre. Porque lo bello, es decir, lo verdaderamente bello lo es de todos los tiempos, lo es siempre.

HIPIAS.

Lo confieso.

SÓCRATES.

¿No lo era en otro tiempo? dirá nuestro hombre.

HIPIAS.

Lo era.

SÓCRATES.

Sobre la marcha replicará: ¡pero qué! el extranjero de Elis te ha dicho que fué bello el entierro de Aquiles despues de sus antepasados, como el de su abuelo Eaco, y el de los otros hijos de los dioses y el de los dioses mismos?

HIPIAS.

¿Qué clase de hombre es ese? Sócrates; ¡ah! déjale; estas preguntas son impías.

SÓCRATES.

A tales preguntas ¿no es una impiedad responder afirmativamente?

HIPIAS.

Quizá.

SÓCRATES.

El impío serias tú mismo, Sócrates, me diria, tú que das por sentado ser cosa bella siempre y para todo el mundo recibir de sus hijos los honores fúnebres y tributarlos á sus padres. Cuando tú dices para todo el mundo, Hércules y los otros de que hemos hablado, no son de este número?

HIPIAS.

Yo no he querido hablar de los dioses.

SÓCRATES.

¿Ni de los héroes, sin duda?

HIPIAS.

No, si son hijos de los dioses.

SÓCRATES.

¿Pero los que no lo son?

HIPIAS.

Esos son á los que me he referido.

SÓCRATES.

Luego por tu mismo voto, seria una cosa impía y fea para Tántalo, Dárdano, Zetos y demás héroes, hacer los honores fúnebres á sus padres; y para Pelops y los demás, cuyos padres han sido hombres, seria una cosa bella?

HIPIAS.

Así me parece.

SÓCRATES.

Lo que te parece verdadero ahora, replicará, no te parecia ántes, puesto que ser enterrado por sus descendientes, despues de haber tributado los honores fúnebres á sus antepasados, es una cosa que en ciertas ocasiones y para algunos no es del todo bella, y que es imposible que lo sea siempre para todos; y hénos aquí sumidos ridículamente en los inconvenientes de la doncella y de la marmita, porque lo que has dicho de la sepultura es aún más ridículamente bello para los unos y feo para los otros. Esta es la razon, porque se me quejará de nuevo y dirá: Sócrates, no es posible que me definas hoy ya ese bello, sobre que ha recaido mi pregunta? Ciertamente tendrá razon para quejarse de mí, puesto que no he podido satisfacerle. Hé aquí las conversaciones que ordinariamente pasan entre nosotros. Algunas veces podria decirse que, compadecido de mi ignorancia, me sugiere en cierta manera lo que debo decir, y me pregunta si tal cosa me parece ser lo bello. Lo mismo hace con todas las demás cosas que son objeto de nuestras conversaciones.

HIPIAS.

¿Pero qué? ¿Qué quieres decir? Sócrates.

SÓCRATES.

Te lo voy á explicar en el acto. Sócrates, me dijo nuestro hombre, no quiero ya semejantes respuestas, porque son impertinentes y demasiado fáciles de refutar. Pero veamos si lo bello puede salir de un punto, que tocamos ántes, cuando dijimos que el oro es bello si cuadra bien á los objetos, y feo si no les cuadra, y, por consiguiente, si todas las cosas en las que se encuentra esta conveniencia, son de hecho bellas. Mira, Sócrates, y considera esta armonía y conveniencia en sí misma y juzga si su naturaleza no será la de lo bello. Yo, Hipias, sigo de ordinario la opinion de mi hombre, no teniendo razones superiores que oponerle. ¿Pero tú crees, que lo conveniente sea lo bello?

HIPIAS.

Esa es mi opinion, Sócrates.

SÓCRATES.

Procuremos no engañarnos.

HIPIAS.

Procurémoslo.

SÓCRATES.

Lo conveniente ó decoroso es lo que hace las cosas bellas, ó es lo que las hace aparecer tales, ó no es ni lo uno ni lo otro.

HIPIAS.

Me parece que es lo uno ó lo otro.

SÓCRATES.

Lo conveniente es lo que las hace aparecer bellas, á la manera que un hombre mal formado parece bello, gracias á la elegancia de su calzado y de su trage? Pero si lo conveniente hiciese aparecer las cosas más bellas que ellas son, seria una especie de engaño é ilusion, y no es esto lo que buscamos, Hipias; porque nosotros buscamos lo que hace que las cosas bellas sean verdaderamente bellas, en la misma forma que decimos que todo lo que es

grande es grande por la magnitud, porque por la magnitud las cosas son grandes; y aunque no lo pareciesen, si en ellas hay magnitud, necesariamente tienen que ser grandes. En la misma forma buscamos lo que es bello y que hace bellas todas las cosas bellas, parézcanlo ó no lo parezcan. Lo conveniente ó decoroso no es este bello, porque hace aparecer las cosas más bellas que ellas son, como decias, y no permite que se las encuentre tales como ellas son. Es preciso definir lo que hace bellas las cosas bellas, como acabo de decir, parézcanlo ó no lo parezcan. Hé aquí á lo que se dirige nuestra indagacion de lo bello.

HIPIAS.

Pero la conveniencia ó buena proporcion, Sócrates, cuando se encuentra en alguna parte, hace que las cosas parezcan bellas y lo son realmente.

SÓCRATES.

No es posible que las cosas que son bellas no parezcan tales, puesto que se encuentra en ellas lo que las hace aparecer bellas.

HIPIAS.

No es posible.

SÓCRATES.

¡Qué! Hipias, ¿diremos que las bellas leyes y las bellas instituciones parecen siempre bellas á juicio de todos los hombres? ¿No diremos más bien que su belleza verdadera se ignora muchas veces, y que éste es el orígen ordinario de las disputas y de las disensiones públicas y privadas?

HIPIAS.

Yo avanzo á más, Sócrates, y digo que su belleza es ignorada.

SÓCRATES.

No sucederia esto, sin embargo, si tales cosas pareciesen lo que son y ellas parecerian así, si lo conveniente fuese la misma cosa que lo bello, que no sólo hace las cosas bellas sino que las hace parecer tales. Así, pues, si lo con-

veniente es lo que hace una cosa bella, éste es en efecto el bello que buscamos, y no el bello que la hace parecer bella. Si por el contrario, lo conveniente da solamente á las cosas la apariencia de la belleza, no es este el bello que buscamos, puesto que el que buscamos las hace ser bellas, porque una misma cosa no puede ser á la vez causa de ilusion y de verdad. Resolvámonos, pues, á sostener que la conveniencia es causa de que las cosas sean bellas ó solamente de que lo parezcan.

HIPIAS.

Yo sostengo que lo conveniente hace que las cosas parezcan bellas.

SÓCRATES.

Verdaderamente hénos aquí bien léjos del conocimiento de lo bello, puesto que tenemos, Hipias, que lo bello y lo conveniente son dos cosas diferentes.

HIPIAS.

¡Por Júpiter! Sócrates, eso me parece bien singular.

SÓCRATES.

Sin embargo, querido mio, cobremos ánimo; no he perdido aún toda esperanza de descubrir lo que es lo bello.

HIPIAS.

¿Por qué desesperar? No es una cosa tan difícil; estoy bien seguro de que si me tomase el trabajo de examinar la cuestion un solo momento por mí solo, te daria una definicion tan exacta, que la exactitud misma no tendria objecion que oponer.

SÓCRATES.

Habla bajo, Hipias, por temor de irritar á lo bello que buscamos con tanto empeño. Ya ves cuántos sacrificios nos ha costado; él nos abandonará y se nos escapará como ya lo ha hecho. No es porque tenga nada que decir contra la esperanza que tú me das, porque estoy muy seguro de que apenas te veas solo, encontrarás lo que busca-

mos. Pero te suplico que procures encontrarlo delante de mí, y si lo permites, como lo has hecho hasta ahora, haremos juntos la indagacion. Si lo conseguimos, será una fortuna para mí; si no, será preciso tener paciencia, porque respecto á tí con un momento que te apliques, tienes bastante para encontrarlo. Si pudiéramos investigarlo ahora, era negocio concluido, y yo no te importunaria más para saber si lo habias descubierto tú solo. Mira si lo que te voy á proponer ahora es lo bello, en concepto de que yo digo que lo es... pero procura observar si me extravío. Digamos, pues, que lo bello es propiamente lo que nos es útil, y lo que me hace creer que esto es una verdad es, que se llaman ojos bellos, no á aquellos que no ven nada, sino á los que son útiles para la vista.

HIPIAS.

Es cierto.

SÓCRATES.

En el mismo concepto decimos que el cuerpo es bello porque es útil para la carrera y la lucha, y lo mismo sucede con los animales, un caballo, un gallo, una codorniz; vasos, carruajes, naves, instrumentos de música y de otras artes, las mismas leyes, las ciencias, todo esto lo llamamos bello, teniendo en cuenta la utilidad que de ello recibimos, y considerando en cada uno de estos objetos lo que les hace útiles, sea naturalmente, sea por efecto del arte, sea por la relacion en qué y para qué puedan ser útiles. Por el contrario, todo lo que es inútil lo encontramos feo; ¿no es esta, Hipias, tu opinion?

HIPIAS.

Sí, ciertamente.

SÓCRATES.

Decimos, pues, con razon, que, con preferencia á todas las cosas, lo bello es lo útil.

HIPIAS.

Muy bien dicho.

SÓCRATES.

¿No es cierto, que lo que tiene el poder de hacer, sea lo que sea, es útil con relacion á lo que es capaz de hacer, y que lo que es incapaz es inútil?

HIPIAS.

Ciertamente.

SÓCRATES.

El poder por lo tanto es una cosa bella y la impotencia es una cosa fea.

HIPIAS.

Eso está bien pensado, Sócrates; muchos ejemplos confirman esa verdad, y principalmente en el estado político; porque es una cosa muy bella ejercer el poder político en su país, y es una cosa muy fea vivir sin autoridad.

SÓCRATES.

Muy bien, Hipias; ¿no podrá decirse con la misma razon que la ciencia es la cosa más bella del mundo, y que la ignorancia es la más fea?

HIPIAS.

¿Piensas de otra manera, Sócrates?

SÓCRATES.

Detente un poquito, mi querido Hipias; tiemblo por lo que habremos de confesar luego.

HIPIAS.

¿Qué temes ahora, cuando tus indagaciones marchan tan perfectamente?

SÓCRATES.

Yo no lo sé, pero examina por un momento conmigo lo que voy á decirte: un hombre hace lo que no sabe ni puede hacer absolutamente?

HIPIAS.

Seguramente no, porque no hará lo que no puede hacer.

SÓCRATES.

Los que hacen el mal ó cometen malas acciones, si no hubieran podido hacerlas, las hubieran hecho?

HIPIAS.

Evidentemente no.

SÓCRATES.

Pero todo lo que se puede, se puede por el poder, y no por la impotencia?

HIPIAS.

No ciertamente.

SÓCRATES.

Y todos los que hacen alguna cosa, ¿tienen el poder de hacerlo?

HIPIAS.

Sí.

SÓCRATES.

Pero desde su nacimiento y durante todo el curso de su vida, todos los hombres hacen más mal que bien, y lo hacen involuntariamente.

HIPIAS.

Así es la verdad.

SÓCRATES.

¡Y qué! ¿diremos que un poder semejante y todo lo que es útil para hacer el mal es una cosa bella, ó rehusaremos darle este nombre?

HIPIAS.

En mi opinion, Sócrates, debemos rehusarlo.

SÓCRATES.

En este caso, Hipias, es preciso confesar, que lo útil y el poder no son lo mismo que lo bello.

HIPIAS.

¿Por qué no, Sócrates, si este poder tiene el bien por objeto, y puede ser útil á este fin?

SÓCRATES.

Por lo menos es indudable que el poder y lo útil no constituyen lo bello de una manera absoluta y sin restriccion; y lo que hemos querido decir, Hipias, es que el poder y lo útil con un fin bueno son lo mismo que lo bello.

HIPIAS.

Jamás he pensado otra cosa.

SÓCRATES.

Pero esto es ó no ventajoso?

HIPIAS.

Sí.

SÓCRATES.

En este caso los cuerpos bellos, las leyes bellas, la sabiduría y otras cosas que nombramos ántes, son bellas porque son ventajosas?

HIPIAS.

Sin duda.

SÓCRATES.

Resulta pues, que con relacion á nosotros, lo ventajoso es lo mismo que lo bello?

HIPIAS.

Nada más cierto, Sócrates.

SÓCRATES.

Pero lo que es ventajoso, produce el bien?

HIPIAS.

Sí.

SÓCRATES.

Lo que produce, no es la causa?

HIPIAS.

Sí.

SÓCRATES.

Luego lo bello es la causa del bien?

HIPIAS.

Lo es seguramente.

SÓCRATES.

Pero la causa no es la misma cosa que aquello de que es causa, porque jamás una causa puede ser causa de sí misma. Por ejemplo, Hipias, estás de acuerdo en que la causa es aquello que hace ó que produce?

HIPIAS.

Sí.

SÓCRATES.

Luego la causa eficiente produce un efecto que no es la causa eficiente.

HIPIAS.

Es cierto.

SÓCRATES.

Por consiguiente la causa eficiente y el efecto son dos cosas diferentes.

HIPIAS.

Sí, muy diferentes.

SÓCRATES.

Luego la causa no es causa de sí misma, sino del efecto que ella produce.

HIPIAS.

Eso es evidente.

SÓCRATES.

Luego si lo bello es causa de lo bueno, lo bueno es efecto de lo bello; y si nuestros deseos se dirigen con tanto ardor hácia la sabiduría y hácia las demás cosas bellas, es aparentemente, porque ellas producen lo bueno, último objeto de nuestros deseos; de manera que conforme á nuestro razonamiento, resulta que lo bello es como el padre de lo bueno.

HIPIAS.

Muy bien, muy bien dicho.

SÓCRATES.

Pero tambien estará muy bien dicho, que el padre no es el hijo, ni el hijo el padre?

HIPIAS.

Sí.

SÓCRATES.

Y que la causa no es el efecto, ni el efecto la causa?

HIPIAS.

Así es verdaderamente.

SÓCRATES.

¡Por Júpiter! querido mio, lo bello no es lo bueno, ni lo bueno lo bello; crees tú que puede deducirse esta consecuencia de lo que hemos dicho?

HIPIAS.

Yo! no, ciertamente.

SÓCRATES.

Pero sostendremos que lo bello no es bueno, y que lo bueno no es bello?

HIPIAS.

Me guardaré bien de decirlo.

SÓCRATES.

Tienes razon, Hipias, y de todo lo que se ha dicho aquí, esto es lo ménos razonable.

HIPIAS.

Tambien es esa mi opinion.

SÓCRATES.

Por consiguiente no hay que aspirar á que lo bello sea lo útil, ni lo ventajoso, ni lo que produce un bien; esta opinion es más ridícula que aquella segun la que haciamos consistir lo bello en una hermosa jóven y en todas las demás cosas á que hemos pasado revista.

HIPIAS.

Soy de tu dictámen, Sócrates.

SÓCRATES.

Muy bien, Hipias, pero yo ya no sé dónde estoy; por todas partes encuentro dificultades y dudas; no te ocurre á tí algo?

HIPIAS.

Nada en este momento, pero como te he dicho, por poco que lo piense, estoy seguro de encontrar lo que buscamos.

SÓCRATES.

El vehemente deseo que tengo de aprender de tí la solucion de esta cuestion, no me permite diferirlo más. Hé aquí ahora lo que se presenta á mi imaginacion; procura examinarlo. Será lo bello lo que produce placer? por esta palabra no entiendo toda clase de placeres, sino tan sólo los que proporcionan la vista y el oido. Cómo puede negarse esto? No es muy cierto que la belleza del hombre, de la pintura, de los ornamentos, regocija la vista? Por otra parte, los cantos bellos, las bellas voces, en fin, toda la música, las conversaciones y los discursos no nos causan igualmente placer? De suerte que si á nuestro terco pregunton le decimos que lo bello es el placer, que percibimos por el oido y por la vista, nos veremos libres de sus importunidades. Qué te parece?

HIPIAS.

Me parece, Sócrates, que esta vez has descubierto lo bello.

SÓCRATES.

Pero las bellas leyes, las bellas instituciones son bellas porque agradan á los ojos y á los oidos, ó por alguna otra belleza?

HIPIAS.

Eso podria muy bien suceder, pero esta dificultad la ignorará nuestro hombre.

SÓCRATES.

¡Por el Can! Hipias, no se ocultará á un hombre, de quien recibo lecciones cuantas veces se me escapa hablar indebidamente ó dar prueba de mi ignorancia, creyendo decir una verdad.

HIPIAS.

¿De quién hablas?

SÓCRATES.

De Sócrates, hijo de Sofronico, que no permitiria sentar ligeramente esta proposicion, ni tampoco creer que sé yo una cosa, que no sé.

HIPIAS.

Por lo que toca á las leyes, tambien creo yo, de acuerdo con tu dictámen, que ya manifestaste, que su belleza es muy distinta.

SÓCRATES.

Despacito, Hipias; me parece que estamos ya en la misma dificultad en que estábamos ántes, cuando creiamos haber descubierto la naturaleza de lo bello.

HIPIAS.

Cómo? Sócrates.

SÓCRATES.

Te diré mi parecer, si es que puedo dar consejos. Podria suceder, que las sensaciones del ojo y del oido no sean extrañas á la belleza de las leyes y de las instituciones; pero no hablemos más de las leyes y supongamos que el placer que se recibe por la vista y el oido es lo bello que buscamos. Si el hombre que tantas veces te he citado, ú otro cualquiera, nos pregunta: de donde nace, Hipias y Sócrates, que dais el nombre de bello á lo que es agradable á los ojos y á los oidos, y que rehusais este mismo nombre á lo que es agradable á los demás sentidos, al vino, á las viandas, y al placer del amor? Consiste en que no los encontrais agradables, porque creeis que el verdadero placer se encuentra sólo en los placeres de la vista y del oido? Qué responderemos, Hipias?

HIPIAS.

Responderemos, Sócrates, que los otros sentidos procuran igualmente otros placeres.

SÓCRATES.

Pero no ves que nos dirá: puesto que son placeres como los otros, por qué no los llamais bellos? Diremos, que se burlarian de nosotros, si dijéramos que el comer es una bella cosa, en lugar de decir, que es agradable; que el olor de los perfumes es bello, en lugar de decir que es agradable. No vemos tambien que los placeres del

amor, por más que sean muy dulces, son sin embargo vergonzosos, y que cuando alguno quiere gozar de ellos, se oculta? Dada esta respuesta nos dirá: veo bien lo que decís; el pudor os impide llamar bellos á todos estos placeres, porque el mundo lo repugna. Pero yo no os he preguntado sobre lo que los hombres piensan de lo bello; yo os pregunté lo que es bello efectivamente. Entónces le diremos lo que ya hemos sentado, que lo bello es esta parte de los placeres que nos vienen de la vista y del oido. Tienes tú otra cosa que responder, Hipias?

HIPIAS.

Nos vemos precisados, Sócrates, á no poder responder otra cosa.

SÓCRATES.

Muy bien contestado, nos dirá; pero si no hay placeres más bellos que los de la vista y del oido, los demás placeres no son bellos? Lo confesaremos nosotros?

HIPIAS.

Lo confesaremos.

SÓCRATES.

Proseguirá él: lo que agrada á la vista agrada á la vez á la vista y al oido? y lo que agrada al oido agrada á la vez al oido y á la vista? Responderemos á esto, que lo que agrada á uno de estos sentidos no agrada á los dos, porque aparentemente esto es lo que tú quieres saber; pero nosotros hemos dicho, que cada uno de estos dos placeres separadamente es agradable por sí mismo y que ambos juntos son agradables. Esto es lo que era preciso que le respondiéramos.

HIPIAS.

Eso mismo.

SÓCRATES.

Él continuará: el placer, en tanto que placer, difiere del placer? Yo no os pregunto cuál es el mayor de dos placeres, ni si un placer es más ó ménos vivo que otro,

sino si, entre muchos placeres, el uno es diferente del otro, porque el uno es placer y el otro nó. Nosotros diremos que nó; ¿no es así?

HIPIAS.

No es posible responder otra cosa.

SÓCRATES.

¿Por qué otra razon, sino porque son placeres, habeis separado los de la vista y del oido de todos los demás? ¿No es de creer que precisamente habeis encontrado en ellos un no sé qué, que os obliga á llamarlos bellos? Porque el placer de la vista no es bello porque se goza por la vista; si esta fuera razon, no podria llamarse bello el placer del oido, puesto que no goza por la vista. ¿No confesaremos que dice verdad?

HIPIAS.

Sí.

SÓCRATES.

En igual forma, el placer del oido no es bello porque se goza por el oido; de otra manera el placer de la vista no podria llamársele bello, puesto que no goza por el oido. ¿No confesaremos, Hipias, que un hombre que se explica así, habla racionalmente?

HIPIAS.

Sin dificultad.

SÓCRATES.

¿Pero estos placeres son bellos ambos, segun lo que deciais? ¿Lo confesaremos?

HIPIAS.

Sí.

SÓCRATES.

Es preciso que ambos tengan alguna cosa de comun que los haga bellos, que les pertenezca á ambos en comun y á cada uno en particular. De otra manera no serian ambos bellos á la vez y cada uno en particular. Respóndeme como si tú le hablaras.

HIPIAS.

Yo me atengo á lo que tú respondas.

SÓCRATES.

Si estos placeres tuviesen ambos á la vez una cualidad que no tuviesen el uno y el otro separadamente, no seria por esta cualidad por la que serian bellos.

HIPIAS.

Pero, Sócrates, cómo es posible que ambos juntos tuviesen una cualidad que ni el uno ni el otro tuviesen separadamente.

SÓCRATES.

¿Tú lo crees imposible?

HIPIAS.

Verdaderamente ignoraria la naturaleza de las cosas y la de los términos del lenguaje, si dijese otra cosa.

SÓCRATES.

En buen hora, Hipias; hablas perfectamente. Sin embargo, yo no sé, pero se me figura que entreveo una cierta cosa, que es poco más ó ménos lo que tú decias ser imposible; quizá me engañe.

HIPIAS.

No hay quizá, sino que á punto fijo te equivocas.

SÓCRATES.

Sin embargo, se me representan en el espíritu muchos de estos objetos; pero desconfio de mí mismo, al notar que tú no los ves, tú que has reunido dinero con tu sabiduría, cual ninguno en nuestra época, y que yo los veo sin haber ganado jamás un óbolo. Temo, mi querido amigo, que te burles de mí y que tengas placer en engañarme; tanta es la claridad con que yo percibo esta clase de objetos.

HIPIAS.

Descríbeme, pues, esos objetos, Sócrates, y ya verás mejor si me burlo ó no me burlo. Pero seguramente no son más que ilusiones; porque ¿cómo puede concebirse

que los dos juntos sintamos lo que ni tú, ni yo, separadamente y en particular sentimos?

SÓCRATES.

¿Qué quieres decir con eso? Hipias. Yo no lo entiendo, no porque dejes de expresar algo real, sino porque no puedo comprenderlo. ¿Pero quieres que yo te explique con mayor claridad mi pensamiento? Creo que lo que yo no he sido jamás en particular, y lo que ni tú, ni yo, somos separadamente, no podemos serlo juntamente; y recíprocamente, que lo que nosotros, tú y yo, somos juntos, no lo somos en particular, ni el uno, ni el otro.

HIPIAS.

Me parece que te complaces, Sócrates, en sentar paradojas más y más increibles, y esta es mayor que todas las anteriores. Pero, escúchame; si nosotros dos fuésemos justos, ¿no lo seriamos el uno y el otro en particular? y si el uno y el otro en particular fuésemos injustos, ¿no lo seriamos los dos juntos? Lo mismo sucede con la salud. Si cada uno de nosotros estuviese enfermo, herido ó estropeado, ¿no lo estariamos ambos juntos? En igual forma, si ambos juntos fuésemos de oro, de plata ó de marfil; si ambos juntos fuésemos sabios, nobles, jóvenes ó viejos, dotados, en fin, de una cualidad propia del hombres, ¿no lo seriamos igualmente el uno y el otro en particular?

SÓCRATES.

Seguramente.

HIPIAS.

El defecto tuyo, Sócrates, y el de todos los que tienen costumbre de disputar contigo, consiste en no considerar las cosas en su conjunto. Examinais aparte lo bello ó cualquiera otro objeto, separándole del conjunto. De aquí procede que no conoceis esos grandes cuerpos de la naturaleza, en la que todo se liga; y es tan limitado vuestro alcance, que imaginais que hay cualidades, ya acci-

dentales, ya esenciales, que convienen á dos séres en conjunto, y no convienen á cada uno separadamente, ó que convienen al uno y al otro en particular, y de ninguna manera á ambos en conjunto. Hé aquí cuáles son vuestras creencias; y todo nace de vuestra falta de luz, de razon y de discernimiento.

SÓCRATES.

No se hace lo que se quiere, sino lo que se puede, Hipias, dice el proverbio. Pero por lo ménos tú nos auxilias siempre con tus buenos dictámenes. Es preciso que te explique á qué punto ha llegado nuestra estupidez sobre esta materia, ántes de haber recibido tus consejos. ¿Quieres que te diga claramente hasta donde llevamos nuestras opiniones sobre este particular?

HIPIAS.

Nada me dirás de nuevo, Sócrates, porque tengo un conocimiento perfecto del espíritu de esas gentes que se complacen en disputar; sin embargo, habla, si tienes gusto en ello.

SÓCRATES.

Tengo gusto en ello, mi querido amigo. Era tan escasa nuestra capacidad ántes de que tus palabras ensancharan nuestro espíritu, que creiamos que cada uno de nosotros es uno, y que los dos juntos no somos lo que es cada uno, es decir, que los dos juntos somos dos y no uno. A tal punto llegaba nuestra necedad. Pero tú acabas de demostrarme ahora, que si tú y yo juntos somos dos, necesariamente cada uno de nosotros tiene que ser dos; y si cada uno de nosotros es uno, los dos juntos tenemos que ser igualmente uno. La esencia de las cosas no permite que pueda suceder de otra manera, que como lo dice Hipias, sino que es absolutamente indispensable que cada uno en particular sea lo que son los dos en conjunto, y que los dos en conjunto sean lo que es cada uno en particular. Me rindo á tus razones. Sin embargo, Hipias,

será bueno que me digas ántes, si tú y yo no somos más que uno, ó si yo soy dos y tú dos.

HIPIAS.

Qué me dices con eso?

SÓCRATES.

Digo lo que digo, porque no me atrevo á explicarme claramente contigo; te levantas en cólera contra mí en el momento que crees que he hablado bien. Sin embargo, dime, cada uno de nosotros es más que uno, y tiene conciencia de que es más que uno?

HIPIAS.

Seguramente no.

SÓCRATES.

Si no es más que uno, es impar; no piensas tú que es impar?

HIPIAS.

Sí.

SÓCRATES.

Y juntos los dos, somos impares?

HIPIAS.

No, Sócrates.

SÓCRATES.

Entónces somos pares; no es así?

HIPIAS.

Pares.

SÓCRATES.

Si los dos juntos somos pares, cada uno de nosotros separadamente es par?

HIPIAS.

No.

SÓCRATES.

Por consiguiente, no es una necesidad, como decias ántes, que lo que nosotros dos juntos somos, lo sea cada uno en particular; ni que lo que es cada uno en particular, lo sean los dos juntos?

HIPIAS.

Con respecto á las cosas que acabas de decir, nó; pero no es así respecto á las que yo designé ántes.

SÓCRATES.

A mí me basta, que las cosas marchen tan pronto de una manera, tan pronto de otra. Dije en efecto, si recuerdas lo que dió orígen á esta discusion, que los placeres de la vista y del oido no son mediante una belleza que sea propia á cada uno de ellos en particular, sin ser comun á los dos juntos; ni por una belleza comun á los dos juntos sin ser propia á cada uno de ellos separadamente; sino mediante una belleza comun á los dos y propia de cada uno; y en este concepto concedias tú que estos placeres son bellos, tomados junta y separadamente. Creí, en su consecuencia, que si ambos eran bellos, sólo podia ser en virtud de una cualidad inherente al uno y al otro, y no de una cualidad de que esté privado uno de los dos; y aún estoy en esta creencia. Pero dime ahora de nuevo, si el placer de la vista y el del oido son bellos tomados junta y separadamente, lo que les hace bellos ¿no es comun á los dos y propio de cada uno de ellos?

HIPIAS.

Sin contradiccion.

SÓCRATES.

Estos dos placeres son bellos, porque son placeres, ya se les tome junta, ya separadamente? Y en este concepto todos los demás placeres, los de los otros sentidos, no son bellos como estos, puesto que hemos reconocido, si te acuerdas, que no dejan de ser placeres.

HIPIAS.

Me acuerdo de ello.

SÓCRATES.

Pero hemos dicho que eran bellos, porque se goza mediante los ojos y los oidos.

HIPIAS.

Así es; lo hemos dicho.

SÓCRATES.

Procura que no me extravíe. Tambien hemos dicho, si mal no recuerdo, que lo bello es lo que es agradable, no á todos los sentidos, sino sólo á los del oido y de la vista.

HIPIAS.

Eso es cierto.

SÓCRATES.

¿No es cierto igualmente, que esta cualidad es comun á estos dos placeres tomados en conjunto, y no es propia á á cada uno separadamente? Porque cada uno de ellos en particular no es bello mediante el oido y la vista á la vez; sino que son bellos los dos juntos mediante la vista y mediante el oido y no cada uno en particular; ¿no es así?

HIPIAS.

Lo confieso.

SÓCRATES.

Lo que es comun á estos dos placeres, no es lo que hace bello á cada uno en particular, puesto que lo que es comun á ambos, no es propio de cada uno separadamente; y por consiguiente, se puede con razon llamar bellos á estos dos placeres juntos, pero no se puede decir, que cada uno sea bello en particular. No es esto una consecuencia necesaria? Es preciso tambien reconocerlo?

HIPIAS.

Así me parece.

SÓCRATES.

Diremos pues, que los dos juntos son bellos, y que cada uno en particular no lo es?

HIPIAS.

Por que nó?

SÓCRATES.

Hé aquí lo que á mi parecer lo impide; y es, que nosotros hemos reconocido cualidades que se encuentran en

cada objeto, y que son tales, que si son comunes á los dos objetos, ellas son propias á cada uno; y si son propias á cada uno, son comunes á los dos. Tales son todas esas que tú has referido. ¿No es así?

HIPIAS.

Sí.

SÓCRATES.

Mientras que no sucede lo mismo con las cualidades que yo he citado. De este número son los dos objetos, que, tomados separadamente, son uno, y, tomados conjuntamente, son dos. ¿¡No es así?

HIPIAS.

Sí.

SÓCRATES.

¿Colocaremos lo bello en la clase de los ejemplos que tú has citado? En este caso, lo mismo que si tú eres robusto y yo tambien, seremos los dos robustos; si tú eres justo y yo tambien, seremos los dos justos; y si ambos somos justos y robustos, lo seremos el uno y el otro en particular; lo mismo y en igual forma, si yo soy bello y tú tambien, lo seremos ambos, y si ambos lo somos, lo será cada uno de nosotros. O bien acaso con lo bello sucede lo que con ciertas cosas, que tomadas conjuntamente son pares, y separadamente pueden ser impares ó pares? ¿ó lo que con aquellas que separadamente no pueden enunciarse, y que, tomadas conjuntamente, tan pronto pueden enunciarse, tan pronto nó; y así de otras mil semejantes que se me han presentado al espíritu? ¿En qué clase colocas tú lo bello? Porque yo no concibo que los dos juntos seamos bellos, y que ni el uno ni el otro lo seamos en particular; ó por el contrario, que el uno y el otro seamos bellos en particular, y que no lo seamos conjuntamente. Así sucede con todas las cosas. ¿Piensas tú como yo ó de otra manera?

HIPIAS.

Como tú, Sócrates.

SÓCRATES.

Tienes razon, Hipias, y nos ahorras una larga polémica. En efecto, si lo bello se refiere á tus ejemplos, es cierto que el placer que sentimos por los ojos y por los oidos no es lo bello, puesto que hace bellos á estos dos sentidos juntos, y no á cada uno de ellos en particular. Esto no puede ser, y sobre ello ya estamos de acuerdo.

HIPIAS.

Es cierto que estamos de acuerdo.

SÓCRATES.

Por consiguiente no es posible que el placer de la vista y del oido sea lo bello, puesto que implica una imposibilidad.

HIPIAS.

Todo eso es cierto.

SÓCRATES.

Aquí se presenta otra vez nuestro hombre que nos dirá: puesto que estais engañados, decidme como de nuevo, qué es lo bello, esto que atribuís á los placeres de la vista y del oido, y que les hace dignos, segun vosotros, del nombre de bellos. A mi parecer no podriamos responderle nada adecuado, sino que estos placeres son bellos, porque ambos juntos y el uno y el otro separadamente son los ménos perjudiciales y los mejores de todos los placeres; ¿conoces tú otra diferencia que ésta entre estos placeres y los otros?

HIPIAS.

Nó, porque es cierto que estos placeres son los mejores.

SÓCRATES.

Él proseguirá: decís, pues, que lo bello es un placer ventajoso. Yo lo confesaré, y tú?

HIPIAS.

Yo tambien.

SÓCRATES.

Nuestro hombre en el momento dirá: ¿no es lo ventajoso lo que produce el bien? Pero el efecto y la causa que produce el efecto son dos, como lo hemos visto, y hénos aquí sumidos otra vez en nuestro primer embarazo; porque el bien no seria lo bello, ni lo bello seria el bien, puesto que son dos cosas diferentes. A no haber perdido la razon, Hipias, será preciso confesar que tiene razon, porque es un crímen no rendirse á la verdad.

HIPIAS.

¿Qué son todos esos miserables razonamientos, Sócrates, más que pequeñeces y sutilezas, como te decia ántes? ¿Quieres saber en qué consiste la verdadera belleza, la que es digna de este nombre? Pues consiste en hablar con elocuencia en el Senado, delante de un tribunal ó de un magistrado cualquiera, hasta producir la conviccion y conseguir una recompensa, que no es pequeña, y sí la mayor de todas, cual es el placer de salvar su vida, su fortuna y la de sus amigos. A esto es á lo que debes aplicarte sériamente, y no á bagatelas y niñerías, pobre y necia ocupacion, que te hará pasar por un insensato.

SÓCRATES.

¡Cuán dichoso eres, Hipias, por haber sabido conocer las cosas en que un hombre debe ocuparse, y haber consagrado á ellas una gran parte de tu vida, segun me has manifestado! Respecto á mí, un destino fatal me condena á contínuas incertidumbres, y cuando llego á descubrir estas dificultades á vosotros que sois sabios, sólo os merezco palabras de desprecio. Me echais en cara, como acabas de hacerlo tú ahora, que sólo me ocupo de pequeñeces, de necedades, de miserias; sí, os creo, y por creeros, intento decir como vosotros, que hacer bellos discursos, hablar con elegancia y con brillantez ante el Senado ó ante los jueces ó cualquiera otra asamblea, es una

cosa muy ventajosa; en el momento, alguno de mis amigos, y principalmente este hombre que me critica sin cesar, me ataca, me persigue con sus reprensiones y tengo los oidos cansados de sus quejas, con la circunstancia de que le tengo cerca de mí y vivimos juntos. Así es que, cuando estamos en casa y me oye hablar de esta manera, me pregunta si no me avergüenzo de razonar sobre las bellas ocupaciones, yo que manifiestamente no tengo ningun conocimiento de lo bello. ¿Cómo puedes juzgar, me dice, si una arenga, si una accion cualquiera es bella, no sabiendo lo que es bello? Si no mudas de opinion ¿crees que la muerte no es preferible á una vida semejante? Me sucede lo que te decia ántes, que me persigue con sus reprimendas, como tú. Pero quizá es necesario que sufra yo todos estos cargos y no seria imposible que de ello me resultara alguna utilidad. Por lo ménos, la polémica, que he sostenido con vosotros dos, me ha valido ya alguna cosa, Hipias, y es el comprender, yo creo, el proverbio popular: *las cosas bellas son difíciles.*